



NÚM. 188

BARCELONA, 13 DICIEMBRE 1902

26 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

LA DESPEDIDA DEL AÑO

Hemos llegado,—dicho sea en hora buena,—al último mes de 1902; año fecundo en acontecimientos de toda especie.

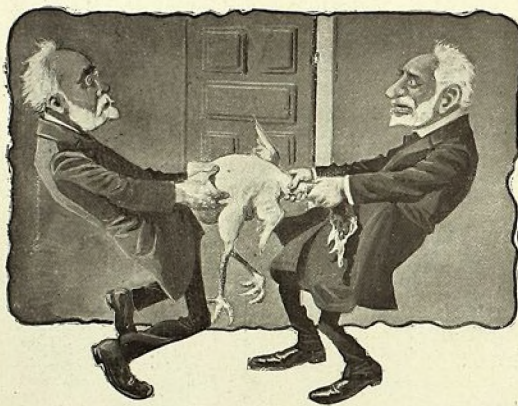
Pístan píntano nos colaremos,—*Deo volente*,—en 1903 y... ¡vayan y vengan años y nosotros que los contemos!

Esto es una delicia.

¡Ya,—cómo hace trescientos sesenta y cinco días, poco más ó menos,—nos encontramos en pleno diciembre.

*Todo está igual,
parece que fué ayer...*

cuando las huestes de ambos á dos partidos turnantes en la tarea de partir al país,



se disputaban amorosamente la posesión del tan acreditado *pavo* de Navidad y los empalagosos *turrone*s...

Nos abemos quien,—á la hora en que estos comentarios vayan á mano de nuestros lectores, si los tenemos,—estará encargado de hacernos felices: Sagasta ó Silvela.

Cualquiera de los dos merecerá plácemes sin cuenta y no hemos de regatearles aplauso más ó menos.

Uno y otro, no tienen más *pío* que el de hacer todo el bien posible á los españoles, aun á despeso de los mal contentos de la eterna oposición.

Ellos procuran endulzarnos la existencia, rebajando tributos, administrando fielmente nuestra

hacienda, castigando gastos improductivos, evitando derroches al Tesoro, organizando el ejército y la marina, fomentando la instrucción pública hasta el punto de que por rara casualidad se encontrará un español que no sepa leer, escribir y las consabidas cuatro reglas, resolviendo la cuestión obrera con arreglo á lo que demandan la justicia y la razón, dando la puntilla al problema clerical, velando por la pureza del sufragio universal, por los prestigios del Parlamento, por el decoro de las corporaciones municipales y provinciales y por el abaratamiento de la vida...

¡Ni en Jauja!—Cantemos á coro:

*¡Oh, que patria aquella,
oh, que gran nación!...*

Y bendigamos á Montilla, que con su flamante proyecto de ley contra la difamación, nos ha metido á todos el resuello en el cuerpo.

¡Ya no podemos hablar mal de nadie... ni siquiera de las tan manoseadas patronas económicas!...

Los cómicos malos,—si los hay, pues yo creo que no,—ya pueden *payasear* y *morcillear* á placer, sin que los señores críticos les vayan á las manos... ¡Montilla les protege!

¡Despotriquen cuanto quieran los poetas *chirles*,—suponiendo que existan,—sin temor á las venenosas mordeduras de la crítica!... ¡Montilla les ampara!

¡Ya pueden los ladrones de *alto copete* desbajijar al país en masa, sin miedo de que la pícarra prensa denuncie sus fechorías!... ¡Montilla les cubre con esa ley protectora!...

¡Gloria, pues, a Montilla!

Ese dos veces flamante proyecto, viene á confirmar la conocida copla, según la cual:

*Cuando se emborracha un pobre
se le llama borrachón;
y si es un rico, se dice:
¡que alegrte está el señor!*

Por aquello de que la ofensa, injuria, molestia, ó como quiera llamársele, será más grave, cuanto más elevada sea la posición social del ofendido, injuriado, molestado, etc.

¡Y viva la democracia del señor Montilla!

Dos cosas nos hacen gracia:
Moret, liberal perfecto,
y Montilla, el del proyecto,
¡hablando de democracia!...

Pero... ¿quién se ocupa en tales *mimicias*, cuando ya se oyen los primeros zambombazos anunciadores de las próximas fiestas?...

¿Quién osará corromper las oraciones á don Práxedes ó á D. Paco,—el de la daga,—cuando aturde ya nuestros oídos la voz chillona del muchacho en libertad, ó la freгона,—sin ilustración,—aporreando el tambor, y los tímpanos auditivos del vecindario entonando los *clásicos* villancicos de nochebuena?

¡Este mes, no debe pensarse en más que en hacer mucho ruido,—cuanto más mejor,—en atracarse de golosinas, en beber á troche y moche, en pagar aguinaldos, y en... ¡reventar de alegría!

Como es costumbre, en esta época de *juerga* forzosa, los teatros apelan al repertorio más selecto, para *obsequiarnos*... y obsequiarse al mismo tiempo.

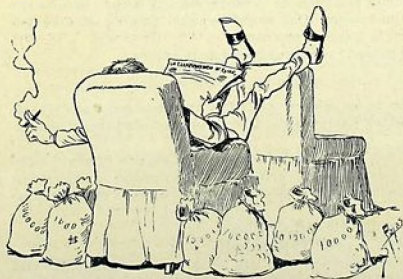
Y todo el mundo,—grandes y chicos,—no tienen más afán en estos días, que el de aliviar nuestros bolsillos.

¡Los dejan *imposibles*!

Porque observaran ustedes que la Humanidad, que tanto progresa, no adelanta un paso en lo referente á sus manifestaciones de regocijo. En eso, no pasan días por ella. ¿Qué se celebra un acontecimiento próspero para la nación?...

Pues ya se sabe: campanas á vuelo, cañonazos á porrillo, dianas, retretas, bailes, cohetes, luminarias... ¿Qué se conmemora una fecha luctuosa? Banderas á media asta, trajes negros, caras compungidas... ¿Llega el Carnaval? ¡A hacer cuantas burradas podamos!

¿Nochebuena? ¡Zambombas por aquí, atracciones por allá, borracheras por todos lados y sablazos á domicilio! Menos mal que todas esas molestias pueden quedar compensadas con el premio grande... ¡el de los cinco millones de pesetas! Y como yo tenga la suerte de pescar ese millonaje de duros... dueño ya de veinte millones de reales... ¡guay, del que se atreve á ofenderme, injuriarme ó molestarme!... ¡Montilla... y los cinco del ala, me protegerán!



Ni siquiera podrán ustedes llamarme mal *escritidor*... Porque entonces... ¡ya no escribiré, ni á la familia!

LUIS FALCATO

RECUERDOS DE UN NOMBRE

El nombre no suele representar á la mujer, pero á veces uno y otra se compenetran. Hay, no obstante nombres feos puestos sobre caras de mujeres bonitas. Y hay rostros de mujeres horribles que responden á nombres hechiceros.

Sin embargo, yo no he conocido á ninguna Concha, que no fuera preciosa. ¿Habéis conocido muchas? Yo, sí. Y si registráis vuestra memoria, recordaréis que cada una de las Conchas que tratastéis era un tipo acabado, ya de gracia, ya de pasión, ó ya de frialdad ó de coquetería.

Pero, ninguna vulgar ó indiferente.

En mi villa, como en la del Señor, ha habido de todo. Ha habido Conchas amorosas, Conchas traidoras, Conchas que me han hecho perder la cabeza... ó la paciencia.

Recorramos un momento esa galería de retratos, de figuras gallardas que marcan épocas inolvidables de mi vida.

Mi primera Concha.

Fué la hija de un sepulturero. Tenía aquella Concha quince años. Era alta y rubia. Tipo ideal que se completaba con el poético aditamento de unos ojos azules.

Era además pálida como una muerta; pero como una muerta de boca sonriente y de mejillas suavemente sonrosadas. Hablaba siempre en voz baja. Su voz parecía un suspiro. Cuando miraba, cuando alzaba los párpados, semejantes á dos pétalos de magnolia, festoneados por los hilos dorados de sus pestañas, dijérase que era el cielo mismo quien me miraba.

Nuestro amor era un amor tristemente delicioso.

—Estoy enamorado de un sueño,—la decía yo frecuentemente.

Ella sonreía y callaba.

Estábamos en la edad en que el alma siente nostalgia de los paraísos fantásticos, y el mundo se presenta como un lugar de destierro.

Nada tenían de alegres nuestras citas. Eran tímidas, mudas, inefables. Hablaban más nuestros espíritus que nuestros labios. Nuestras manos temblaban. Nuestros corazones parecían asustados pajarillos, que agitaban las alas dentro de la jaula del pecho.

La noche, la misteriosa noche, cubría nuestros amores. Paseábamos por el cementerio, por entre los sauces de las tumbas, bajo la luz casta de la luna. ¿Cuánto duró aquello? Un verano. El primer verano que sintió mi juventud al despertar de las sublimes angustias de la adoración á la mujer. Concha murió al otoño siguiente. Murió como las hojas de los árboles. ¿Qué saqué de aquel amor? ¡Ah! Creedme. Sólo un beso. Un beso dado en su mano, como en la mano de una santa.

No fué amor aquello. Fué el sueño del amor paseado por las regiones de la muerte.

Mi segunda Concha.

¿Atravesaba en coche la Castellana? ¿Bailaba en los salones? ¿Asistía á una fiesta religiosa? ¿Iba de sombrero ó de mantilla? ¿Vestía de rosa ó de negro? Siempre estaba hermosa, siempre parecía una reina de veinte años.

Mecida en cuna de oro; arrullada por los murmullos de admiración y de codicia que su gentil belleza despertaba doquiera; obedecida como una soberana por sus criados y por sus padres, que para ella se hacían gustosos sus siervos, vivía aquella Concha en una atmósfera de incienso, en la atmósfera que deben respirar las diosas.

Cuando andaba, era majestuosa su marcha, ondulante, gallardísima.

—Pareces una palmera, recorriendo las calles,—la decía yo embobado.

Ella me miraba con dureza, y sonreíame con boca desdeshosa. Pero, por lo mismo, cuando sus ojos me miraban con menos severidad, ó sus labios me hablaban con menos acritud, un rayo de sus pupilas un eco de su voz, eran ya un premio divino para mis ambiciones.



Nos veíamos en los paseos, en el teatro, en el templo. Y el orgullo hinchaba mi pecho, cuando sorprendía en todos los rostros pintada la sublime sorpresa que causaba su hermosura.

Yo me decía:

—¡Esa mujer me ama! ¡Me ama una mujer, á quien no hay hombre que no quisiera adorarla!

Más, al lado de tantas delicias ¡cuántas torturas! Como toda diosa, no se contentaba con ser adorada por un corazón solo. Necesitaba el culto de muchos fieles. Y en la iglesia de su coquetería, aunque fui de los primeros en idolatrarla, no fui de los elegidos para las venturas.

Parte de mi corazón quedó entre sus uñitas de rosa y sus dienteillos de nácar.

Mi tercera Concha.



¡Abridle calle! Tended las capas por el suelo. Alfombrad con jazmines el terreno que han de pisar sus pies, calzados con zapatitos chulescos. ¿Es una figura arrancada de los cuadros de Goya? Si y no. Lo es, porque por sus colores, por sus contornos, por sus perfecciones, parece una pintura. No lo es, porque habla, y sonríe, y se mueve y enamora.

Cifre su busto soberbio el fino y envolvente mantón de eufreantes flecos. Su pelo es negro, sus labios rojos, su cara una rosa morena. No la miréis; no la dirijáis palabra. Su mirar es fuego, su voz canto de sirena. Va en su cuerpo disuelta la gracia y la pasión. Si arquea sus brazos redondos; si agita sus manos cuando entre sus dedos se han engarzado las pardas castañuelas; si cimbra el talle á compás; si lanza el aire de su pecho convertido en coplas; si danza y canta, en fin, no desearíais moriros nunca.

Y yo, al verla, me decía:

—Puesto que me ama, como me ama ¿qué falta me hace la gloria?

Ella era el amor alegre, franco, gigantesco. El amor que muerde como el odio. El amor que mata como traidora enfermedad. Lo daba á beber en la copa sonora y perfumada de sus labios.

Quien no ha probado de este amor, ignora lo que es la vida. Ha sido un convidado de la existencia, que no ha probado sino insulsa bazofia. No sabe á lo que sabe la carne de ángel.

¡Ah! Con esta Concha quisiera yo que me enterraran. Pero, también huyó, huyó como todas las mujeres que he amado, dejándome en el corazón clavada una espina horrible, la espina del desengaño.

¡Ah! ¡Conchas adorables! Cuando escucho pronunciar vuestro nombre, mi cerebro se llena de recuerdos. Suenan en mi alma como una música que se ha oído muchas veces en diferentes sitios, recibiendo diversas impresiones. Ese nombre despierta en mi corazón placeres y tormentos. Más bendigo éstos y saboreo aquéllos. Si nuestro amor tuvo á veces algo de calvario, fué un calvario delicioso. Yo no os olvidaré nunca. Y de la misma manera que cuando nos encontramos desallecidos, destapamos una botella de generoso licor, con cuya sola fragancia ya empiezan á fortalecerse los sentidos; así cuando mi espíritu desmaya durante la árida travesía de la vida, yo abro el santuario de mis juveniles recuerdos, entre los cuales vuestro nombre fulgura como una estrella, sonriendo en las noches deleitosas del cielo oriental, y percibo de pronto algo de la fresca perfumada de la primavera.

Y ¿quién, como yo, no guarda en su existencia un nombre, que sirve de cifra, cifra conocida y amada, á todo un mundo? Si; un nombre es mucho más que unas letras. Puede ser la resurrección de un pasado, que quizás ya ha muerto para todos, menos para nosotros.

JOSÉ DE SILES



CONSULTANDO EL PROGRAMA

Ayuntamiento de Madrid



PALABRA CUMELIDA

Dolores y Rafael se amaban con cariño entrañable, aumentado de día en día por la resistencia de los padres á ello, dando por resultado aquella oposición el que los muchachos cambiaban todos los días nuevos juramentos de fidelidad, y así pasaban los años en la tranquila aldea esperando la hora feliz en que los viejos diesen su consentimiento.

Sin embargo, como nada en la tierra es estable, vióse turbada la felicidad de los dos amantes por una terrible noticia: la guerra de Cuba había estallado y el Gobierno pedía hombres, muchos hombres.

Dolores no supo nada hasta la noche, cuando bajó á hablar con su Rafael por la pintoresca reja; allí se lo encontró pálido, ojeroso, agarrado á los hierros para no caer.

—¿Qué tienes?—preguntó ella asustada.

—¡Oh! Nada, Dolores, nada...

—¿Cómo nada, Rafael, y te veo amarillo, desenchajado, hecho un muerto...?

—Pero ¿tú no lo sabes, vida mía?—exclamó él.—¡Ah infeliz...!

Ella trémula, agitada, le dijo cogiéndole las manos:

—Pero, Rafael, me matas con tu silencio; acaba, dílo de una vez...

—Pues bien sea: marchó mañana para la guerra; allá, lejos, muy lejos, quizá me maten ó quizá no; pero de todas maneras volveré si tú me juras no casarte con otro; volveré aunque sea en espíritu, y si te casas, también, también volveré. Pero entonces será para vengarme ¿lo oyes? para vengarme cruelmente de tí, de tu padre, del hombre que te posea, de...

Un gemido le cortó la palabra. Dolores se había desmayado, cayendo pesadamente al suelo, y un rayo de luna entrando por la ventana dejaba ver su rostro bañado en lágrimas.

La enemistad de aquellas dos familias venía desde muy lejos; cosas de política, ideales encerrados en cabezas tercas é intransigentes, hicieron que más de cuatro veces vinieran á las manos los hombres de las dos casas.

El tío Tomás, padre de Dolores, carlistón acérrimo, monárquico á macha martillo, alto, seco, viejo ya, pero fuerte, avaro para los de afuera, generoso con los suyos, de genio arisco, que no admitía nada que oliese á libertad, con el corazón un poco duro casi del todo, era atormentado constantemente por un gran fondo de bilis, aumentado todos los días al pensar que su contrincante tenía un hijo varón para perpetuar el apellido, mientras que el suyo se extinguiría con sus nietos.

Todo lo contrario era el padre de Rafael; de mediana estatura, bien conservado, al mirar dejaba entrever toda la bondad de su corazón que le hacía transigir con todo; pero no por eso era cobarde, ¡cái! ahí estaba la cruz de San Fernando sobre su pecho ganada valientemente en Africa, por lo cual le respetaban en el pueblo llamándole el *señor* Manuel. Cuando se enteró de los amores de su hijo no dijo nada, sólo le manifestó á su vástago que ellos eran relativamente pobres comparados con el tío Tomás; pero que si él la quería, ¡qué demonio! no había por que oponerse.

En cambio el padre de Dolores no concedió nada. ¿El tener por yerno el hijo de un republicano? ¡Pues no faltaba más! Aquella mañana estaba contento. Entró en su casa frotándose las manos de gusto y se sentó al lado del fuego canturreando entre dientes.

Su mujer al verlo entrar así le preguntó asombrada:

—¿Qué te pasa, hombre?

—Pues nada, mujer, nada, sino que el cachorro del republicano se marcha á Cuba; á la guerra ¿sabes? y... allí lo matarán... vaya si lo matarán... Caramba, sería bueno; así él se quedaba sin hijo y á mí no me molestaría más... Já... já; ojalá, hombre, ojalá...

La pobre mujer se quedó fría y miró tímidamente á Dolores, que silenciosamente lloraba en un rincón; en el mismo instante se oyeron voces y gritos en la calle.

—¿Qué pasa?—exclamó el viejo.

—Los mozos que se marchan,—le respondió su hija.

—Bueno, pues los voy á ver, Polaina, sólo por darme el gustazo de...

Y abrió la puerta plantándose gozoso en el umbral.

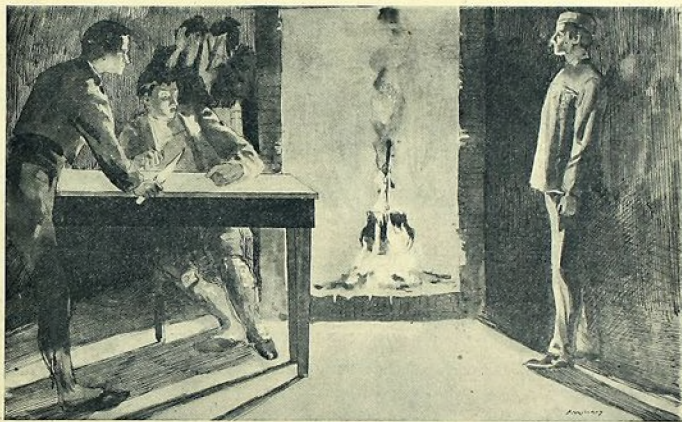
Pasó el grupo de hombres: entre ellos casi de los últimos, iba Rafael triste y cabizbajo. El tío Tomás se reía, se reía con una risita sorda, irritante, burlona; al verlo el mozo se detuvo.

—Señó Tomás, ¡cuánta alegría!—le dijo.

—Polaina, ¿y á ti que te importa?...

—A mí mucho... si señor mucho... usted se ríe porque yo me marchó, porque me matarán allá y su hija quedará libre; pero usted no sabe lo mejor, sí, lo mejor, porque yo, muerto ó vivo vendré por ella y cuando usted vea que vuelvan los que queden de esos que se van... espéreme usted, espéreme usted. Hasta la vista tío Tomás...

Y echó á correr para alcanzar á los que se alejaban agitando los pañuelos.



¡Qué día aquel más triste! ¡Cómo nevaba! Hacía ya un año que Dolores se había casado y tres de la guerra; los últimos restos del ejército estaban en España. El que no murió llevaba consigo los gérmenes de la muerte. El tío Tomás preguntaba á los que iban llegando:

—Y ¿Rafael? ¿Qué sabéis de Rafael?

—Nada, nada,—le contestaban. Sólo uno le dijo:

—¿Rafael? Pues... lo mataron... ¡Ah, pero murió como un bravo, si señor, como un bravo...! Yo le ví muerto sobre el cañón; después le dieron la de San Fernando... Conque, ya no tenga usted cuidado, él muerto, ella casada...

—Bueno, bien,—murmuró el viejo, y se metió en la casa precipitadamente; comenzó á pasearse dando grandes pasos exclamando:

—Muerto, muerto... Cómo un valiente... El padre... el hijo, los dos con la laureada... raza de bravos...

De pronto se dió cuenta que estaba solo en el amplio caserón y empezó á sentir miedo, casi terror, un terror frío que se apoderaba de él haciéndole castañetear de dientes; una frialdad grande, muy grande que le llegaba hasta los huesos. Le pareció que la sala le repetía las pisadas y que una voz junto al oído le decía las palabras aquellas de... «ojalá pase... ojalá»; después las de él, las de Rafael: «Hasta la vista tío Tomás...» Y aquel día era el fijado, aquel día debía venir...

Cuando cerró la noche y vió en torno de él á su familia se tranquilizó; sin embargo, al sentarse á la mesa, sin saber por que, su terror volvió de nuevo; sintió deseos de olvidar, de apagar con vino las ideas que le bullían en el cerebro, y empezó á beber, y empezó á beber sin tino, con la vista fija en la escalera, mascullando palabras sin conexión.

Las mujeres se alarmaron. ¿Qué le pasaba? ¿Qué le sucedía? Su yerno quiso hablarle y no pudo; el

viejo se había puesto pálido como un muerto, con la cara desencajada, los ojos desmesuradamente abiertos, la boca crispada y las manos, que parecían de cera, agarrotadas cogiendo el borde de la mesa.

—¿No habéis oído?—dijo.

—¿Qué?—le preguntaron los tres a un tiempo.

—Sus pasos... mi nombre... me ha llamado... le oigo... si le oigo andar arriba; pero no podrá bajar, no, la cruz lo impedirá...

Quedáronse fríos mirándose espantados, silenciosos, presintiendo algo muy grande, terrible, que les hacía temblar como azogaños.

Al cabo de un rato su mujer pudo murmurar:

—Pero ¿quién? ¿quién es ese...?

—¿Quién va a ser? Rafael, que viene...

Al oír aquello José Manuel su yerno se levantó de un salto derribando el banco en que estaba sentado.

—¡Dejaos de esas cosas!—gritó loco de terror,—no sabéis que si viniese me mataría y...

En el mismo instante un aullido parecido a un grito, turbó el silencio de la noche.

—Mira... mira si es verdad; escucha su voz, su voz de alma en pena, que me ha dicho: «allá voy... allá voy...»

Con ese instinto natural del hombre, que le induce a defenderse, se apoderó el tío Tomás de un largo y afilado cuchillo de caza.

No bien lo tuvo en la mano, cuando una manga de viento entró por la chimenea gimiendo tristemente; todo quedó a oscuras, la puerta de la calle se abrió lentamente rechinando sobre sus goznes y allí en el umbral se vio una figura blanqueza que se movía.

Dolores y su madre cayeron de rodillas, abrazadas, murmurando:

—¡Jesús!... ¡Dios mío! ¡tened piedad de nosotras!

José Manuel se pegó á la pared destrozándose la ropa con las uñas; oíanse sus dientes entrec chocar.

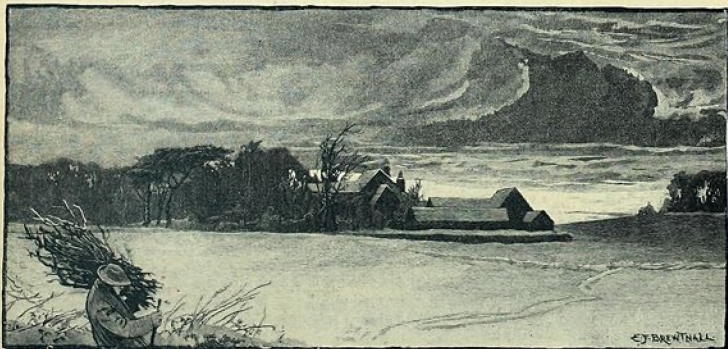
El tío Tomás sintió que la carne se le desprendía de los huesos, que los cabellos se erizaban, y que por cada poro saltaba una gota de sudor frío como el hielo; pero al mismo tiempo nació en él una rabia inmensa, una locura, un vértigo; deseos de matar, de desmenuzar, de aplastar para siempre á aquel que era causa de su miedo y se lanzó sobre el bulto blandiendo el cuchillo.

Pero el desconocido le detuvo oprimiéndole el brazo con una de sus manos fuerte como tenazas y avanzó con él hasta el centro de la habitación; allí con voz solemne dijo:

—Tío Tomás he cumplido mi palabra y luchar conmigo es necesidad. ¿Para qué? Yo no tengo en el corazón más que desprecio: desprecio para usted, desprecio para Dolores, desprecio para... ¡no! para ese que tiembla como una mujer, no tengo desprecio; no tengo nada; vive tranquilo, infeliz, que el amor en mí ya ha muerto.

Y altivo, gallardo, con la cabeza levantada, salió de la casa haciendo resonar las cruces rojas que colgaban de su pecho.

ELADIO SOS Y GAUTREAU



TARDE DE INVIERNO, por E. Brewtall

Ayuntamiento de Madrid

Con el
los señ
dores el
album J.

Sidon
Zola.

La p
Bernard

El am

liano So

La vo

Emilio Z

El fin

Alexis.

Santio

Zola.

La fle

lio Zola.

El sec

de L'Isle

Sin tr

Los s

(ilustrac

El mo

rico Sou

La in

por Car

Para a

nistraci

za de T

Seg

minis

que h

á diar

La

con e

se re

de un

Y

del t

piens

de m

Y n

debi

y un

para

fuer

el an

(1) Con

RES

PEPITORIA

ADVERTENCIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 50.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Según nuestro parecer ministros ha habido aquí que hubieran debido usar a diario el LADIVONSIM (1)

FLORES DE LUZ

La luna.—lúmínea flor,—
con su donaire marcial,
se retrata en el cristal
de un lago murmurador.

Y al contemplar el candor
del transparente fanal,
pienso en la novia ideal
de mis ensueños de amor.

Y me digo.—mi Ninón,—
debiera ser tícer de luz
y un lago mi corazón;
para que unidos así
fuera a sus ojos tras luz
el amor que vive en mí.

L. VENTURA MOHANDO

El extraordinario y siempre creciente éxito alcanzado por el album JOYAS DEL ARTE que regala IRIS a sus suscriptores y compradores nos obliga a continuar su publicación en el año próximo, renunciando a plantear otras reformas que teníamos proyectadas. El público ha comprendido el subidísimo valor de nuestra colección de las mejores obras, antiguas y modernas, existentes en Museos, Galerías particulares y Exposiciones oficiales, y sin temor a equivocarnos podemos asegurar que nuestro "Album" habrá de constituir en el futuro una obra que será buscada con afán, pues ninguna otra habrá que, por la modestísima suma de su adquisición, pueda ofrecer reunidos tantas y tan importantes reproducciones, estampadas con la perfección que todos reconocen. Baste decir que, cualquiera obra análoga costaría muchos centenares de pesetas, adquirida en condiciones ordinarias.

Accediendo a los deseos manifestados por muchos de nuestros favorecedores hemos encargado la confección de tapas especiales, que podrán adquirirse en la forma que oportunamente daremos a conocer.

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior
Jeroglífico.—Docena.

Máxima.—No busques fuera de ti lo que dentro de ti puedes hallar.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. P. S.—Arévalo.—Lo hace usted tan bien que si no temiera perjudicarlo a usted en sus intereses le aconsejaría publicarlo en un tomo esas composiciones tan sentidas é ingeniosas, y tan bien verificadas. No lo haga usted, sin embargo, pues sería tirar el dinero.

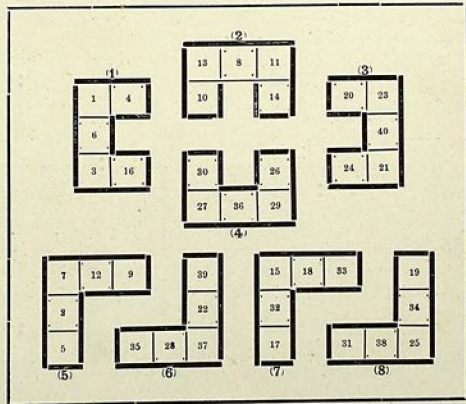
M. V. de T.—Foljita y poco interesante.
J. A. P.—Barcelona.—El artículo es sobradísimo, pero no encaja bien en el carácter de este periódico. Si no tuviera usted inconveniente podría aparecer en *Nuevo Siglo*, a cuyo director se lo recomendaría, y sé que accedería al punto.

V. R. F.—Su poesía tiene algunos defectillos, y entre parentesis, no es mármol de pharo, sino de Faros.

S. A. M.—Recibidos sus últimos cuentos, acerca de cuya publicación confirmo lo anteriormente dicho.

B. V. de P.—Zaragoza.—Le escribiré a usted particularmente en cuanto me haya enterado de como diablitos pudo suceder lo que me dice. Recibidas las composiciones y el cuento, que tendrá el mayor gusto en publicar.

PROBLEMA, por Novejurque



Unir estos ocho fragmentos de manera que empezando por la casilla número 1 se vaya siguiendo la numeración, dando saltos del caballo de ajedrez.

La solución en el próximo número

(1) Contra los callos de los sesos.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTERSE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA MÉRICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ALEMANIA



ARTILLERÍA DE PLAZA: SOLDADO